

En 1836, con anterioridad a la construcción de los recintos penitenciarios, el naciente Estado chileno instauró el Presidio Ambulante con el objetivo de castigar físicamente y provocar “escarmiento” en los reclusos. Estas “jaulas rodantes” eran carretas con toldos de fierro en las que se encerraba hasta catorce reos encadenados de a dos para evitar su fuga, en condiciones de escaso vestuario, falta de alimentación y de atención médica. Mediante estas jaulas los reos eran trasladados a lugares que requerían trabajos pesados, como la construcción y mantención de caminos.

El mayor foco de conflictos de este sistema de trabajo forzado fue precisamente Valparaíso, donde se produjeron reiterados levantamientos. Una de las situaciones más bulladas fue el motín que se produjo en 1841, cuando más de ciento veinte presos se rebelaron contra la guarnición de treinta y cuatro uniformados que los custodiaba en el camino a Santiago. Veintisiete fallecieron y alrededor de veinte lograron escapar.

Para entonces, las evaluaciones gubernamentales ya evidenciaban que el sistema era un fracaso como medida de corrección e igualmente como gasto económico.